# El tren de las 7:14

Josep ST

# Capítulo 1

**Capítulo 1**

Abrí la puerta de mi casa y salí en dirección a la estación de Antonplatz, en el barrio de Karlshorst, al este de la ciudad de Berlín. Eran alrededor de las siete, en una de esas mañana frías y neblinosas de invierno. Lo único que me apetecía era quedarme en mi casa, a leer un libro, tumbado en el sofá de al lado de la chimenea. Sabía que eso no era posible, aunque lo tenía en mente y era lo que de verdad quería.

Por cierto, no me he presentado, me llamo Simon Osborn y tengo 24 años. Bueno, como iba diciendo, salí de mi casa en dirección a la estación. Caminé unos veinte metros por Ehrlichstrasse antes de hacer un giro a la izquierda y cambiar de calle, a una más grande, Treskowallee. Doble carril por sentido para los coches, y además, los tranvías de la ciudad circulaban por en medio. Había mucho tráfico, como suele ser habitual a esa hora de la mañana. Los tranvías iban totalmente llenos, no había sitio ni para una hormiga. Y los coches... en fin, en la mayoría de ellos solo iba una persona.

Durante el camino a la estación me crucé con todo tipo de gente. Muchachos que regresaban a casa después de una larga fiesta, muchachos que iban al colegio acompañados por sus padres, gente mayor paseando con sus familiares, vecinos míos, señores dando una vuelta con el perro, adolescentes corriendo sin camiseta, a pesar del frío, y mucha, mucha gente yendo al trabajo, incluido yo.

# Capítulo 2

## Capítulo 2

Llegué a la estación  las 7:12, justo a tiempo para coger el tren de las 7:14. Pasé por al lado de la máquina de billetes, los lavabos, el quiosco, y subí la veintena de escaleras que separaban la planta baja de los andenes. Sorprendentemente, y a pesar de que era día lectivo, no había mucha gente esperando para subir al tren. Un par de parejas, unos diez hombres muy bien vestidos y cinco chicas.

A las 7:14, sin retraso como de costumbre, llegó el tren. El número 3, dirección Spandau. Las puertas se abrieron y entré en el vagón. El trayecto a realizar no era muy largo. En la séptima estación debía bajarme, en Alexanderplatz, una de las principales de Berlín.

Las puertas se cerraron y el tren reanudó su marcha. Como dije anteriormente, en la estación no había mucha gente, pero en el vagón todavía menos. Eramos siete personas. Dos muchachos de unos diez años que seguramente se dirigían a la escuela, ya que llevaban consigo una mochila de Doraemon. Al lado suyo, una mujer no muy bien vestida, con una chaqueta, no de segunda mano, de quinto culo por lo menos, y unos zapatos del año de la pera. Dos filas más atrás un señor mayor, muy bien vestido, traje negro y camisa blanca. Unos zapatos muy limpios, demasiado diría yo, podía ver mi reflejo en ellos. En la otra parte del vagón había dos hombres más. El de más a la izquierda era un señor de unos cuarenta años, en manga corta y pantalón corto, a pesar del frío. Y por último el hombre de más a la derecha, de unos treinta años. Estaba sentado junto a la ventana, quieto, inmóvil, como una momia. Sostenía un diario en sus manos, pero sin leerlo, ni siquiera mirarlo un momento. Llevaba puestas unas gafas de sol de marca falsa, PayBan. Cosa que me extrañó, no la marca, sino que llevara puestas las gafas en sí, había niebla, no se veía el sol. También tenía un par de cadenas alrededor del cuello, y un bigote de tipo herradura.

El tren seguía su recorrido, de hecho, estaba a punto de llegar a la próxima estación, Betriebsbahnhof Rummelsburg. Ya se podía notar como aminoraba la marcha poco a poco. Apenas faltaban unos 200 metros para llegar a la estación, cuando de repente el tren se detuvo en seco. A consecuencia del frenazo caí al suelo. Antes de poder levantarme oí un fuerte grito:

— ¡Todo el mundo al suelo! ¡Rápido!

# Capítulo 3

**Capítulo 3**

Todas las personas del vagón se quedaron atónitas al escuchar el grito. Cuando me levanté ví al hombre del bigote de herradura con un rifle de asalto en la mano, y un cinturón de explosivos alrededor de su cintura. Miré a los demás pasajeros, estaban asustados, igual que yo.

— Todos al fondo del vagón, y no quiero tonterías — dijo el hombre.

Todos los pasajeros nos desplazamos hacia la parte de atrás. Nos juntamos en la parte izquierda.

— Si alguien se mueve disparo, ¿entendido?

— Si — dijimos todos a la vez.

— ¿Quien de vosotros tiene móvil? — gritó el hombre.

— Yo tengo — dije en un tono de voz más suave, a la vez que levantaba la mano.

En efecto, dije que tenía un móvil, no se porque, supongo que fue un acto reflejo. El caso es que lo hice.

— Bien, entonces dámelo. Tengo que hacer una llamada.

— ¿Ústed no tiene móvil? — comenté.

— ¡Cállate! Como vuelvas a hablar te pego un tiro, ¿entendido?

— De acuerdo, perdón — dije aterrorizado.

El hombre me lanzó una mirada de asco a más no poder. Me lo merecía en parte.

Nos volvimos a mirar todos cara a cara. No sabíamos que hacer. No podíamos avisar a nadie, el se daría cuenta por supuesto. Tampoco podíamos movernos, sino nos pegaría un tiro. Nos temblaban las pierdas, los brazos, todo el cuerpo prácticamente. Los dos niños lloraban en silencio mientras la mujer intentaba tranquilizarlos. El señor de los pantalones cortos empezaba a sudar como un pollo. Sin embargo el señor mayor no mostraba el más mínimo rasgo de estar nervioso o asustado. Por un momento pensé que había muerto del susto, si no hubiese llegado

a parpadear.

— ¡Corten, corten! — se escuchó fuera del tren.

# Capítulo 4

**Capítulo 4**

Se abrieron las puertas izquierdas del vagón. Unos cinco hombres vestidos con camisa de cuadros y pantalones negros entraron, todos vestidos igual.

Ahora si que no entendía nada. El tren se había parado antes de llegar a la estación, un hombre con un arma nos amenaza, y un par de minutos después cinco hombres abren las puertas del vagón desde fuera, como Pedro por su casa, y entran. Lo más extraño de todo es que el asaltador, por llamarlo así, ni se inmutó. Todo los contrario, su rostro estaba cubierto por una gran sonrisa.

— Buenos días señores, mi nombre es Ronaldo Thompson. Soy el director de la productora Ronapson, mundialmente conocida. Les pedimos disculpas por todo este jaleo que se ha montado en el vagón. Forma parte de un anuncio para la televisión alemana. El supuesto asaltador es un empleado nuestro, Cristiano Leigh. El rifle es falso, es una imitación, como también el cinturón de explosivos.

— A ver si lo entiendo. ¿Me está diciendo que todo esto ha sido un montaje? — dijo la mujer.

— En efecto señora — añadio Ronaldo.

— Hoy por la mañana, antes de que el tren comenzara su recorrido, hemos puesto doce cámaras ocultas en el vagón, y otros tantos micrófonos — comentó Cristiano.

— Espero no haberles causado muchas molestia señores. El tren continuará su marcha y ustedes podrán llegar a su destino. Que tengan un buen día — dijo Ronaldo.

Ronaldo y sus empleados se marcharon del vagón, cerraron las puertas, y el tren continuó.

Nos miramos uno a uno por última vez, aliviados, sabiendo que el peligro ya había pasado...

Sonó el despertador. Me desperté un poco alterado. Miré a mi alrededor, y no, no estaba en ningún tren, estaba en mi casa de Ehrlichstrasse, tumbado en mi cama boca arriba. Toqué mi cuerpo para comprobar mi integridad física. Estaba entero, todo había sido un sueño. El tren, el vagón, las personas que había visto, el asaltador, los chicos de la

productora, todo lo había soñado. No salía de mi asombro.

Miré el despertador, las 7:14. Hora de levantarme e ir al trabajo, pero esta vez sin ningún altercado, al menos por ahora.